

“Temo todas las dificultades políticas que encontrará vd. al llegar á México. . . . Desde aquí, me es muy difícil trazarle una línea de conducta bien determinada; pero he aquí las ideas generales que considero más prácticas: una vez dueño del país, será preciso que vd. nombre por sí mismo, un gobierno provisional, compuesto de los hombres más recomendables y de los más adictos á nuestra causa. Este gobierno deberá ayudar á vd. á restablecer por doquiera el orden y la regularidad. Le envió un inspector general de Hacienda (1).

“Tendría mucho empeño en que Almonte formara parte de ese gobierno provisional. *Una vez establecido el orden, creo que sería preciso, antes de reunir una Cámara cualquiera, hacer votar á todo el pueblo mexicano, acerca de la cuestión de saber, por sí ó por NO, y por medio del sufragio universal, si quiere una República ó una Monarquía.* No debe aceptarse en modo alguno la proposición de un voto cualquiera, antes de que seamos dueños de México y de que vd. mismo haya establecido

[1] Este inspector general era M. Villet, actualmente consejero de la Corte de cuentas. Cayó enfermo durante la travesía y los médicos le hicieron desembarcar en la Martinica, para que regresara á Francia. Le reemplazó en su misión, en México, el inspector ordinario que le acompañaba, M. Jacqueme, actualmente inspector general, cuya perspicacia financiera y cuyas altas capacidades no fueron suficientemente utilizadas por el general en jefe ó por M. Budin. Pertenecía al pequeño número de los que tenían el valor de expresar la integridad de su pensamiento y esto bastó para que se le viese con desvío. [Nota de Ernesto Louet.]

allí un gobierno de su elección, porque, sin eso, correríamos peligro de ser víctimas de algún escamoteo que nos engañara . . . .”

El 17 de diciembre de 1862, insistía en esta idea:

“La única política que debe seguirse, consiste en marchar hacia México, instalar allí un gobierno, compuesto de los hombres más honorables que vd. mismo escogerá y, en seguida, *hacer votar por el sufragio universal, al pueblo mexicano, acerca de la forma de gobierno que habrá de establecerse.*”

El 14 de febrero de 1863, volvía á su idea, añadiéndole apenas un ligero correctivo:

“Es necesario, que sin parecerlo, sea vd. el amo en México; es preciso que forme vd. mismo un gobierno provisional, en el que podrá tener su puesto Almonte, en medio de hombres enérgicos y probos. Una vez restablecida la tranquilidad, será preciso consultar á la nación, sea por una especie de sufragio universal, sea haciendo nombrar un Congreso, por medio de esos procedimientos revolucionarios de que existe en México la tradición y la costumbre. . . .”

Más tarde, el 14 de abril de 1863, trazaba á grandes rasgos, al comandante en jefe, la línea de conducta que en general debía seguirse. Después de aconsejarle «que obrara con prontitud y energía», á fin de «impresionar la imaginación de los mexicanos con golpes redoblados, porque el fracaso de Puebla y los nueve meses de contemporización nos han hecho perder mucho de nuestro prestigio», le dictaba las declaraciones prin-

cipales de su manifiesto y añadía: «Cuando estas «medidas y otras semejantes hayan podido ser «tomadas y cuando se hayan esparcido por el país «mis intenciones y se haya hecho conocer el objeto «de la intervención, podrá consultarse á la Nación «de la manera que vd. estime más conveniente.»

Emanado del sufragio universal, Napoleón III se mostraba aquí fiel á su origen, al recomendar que se apelara al sufragio universal. Si añadía un correctivo, diciendo «una especie de sufragio universal», había en ello, no un abandono del principio, sino una concesión arrancada por las dificultades materiales. Los registros del estado civil estaban muy mal llevados en México y, en su consecuencia, había dificultades insuperables para que pudiese fabricarse una lista general de electores. Además, una parte del país se substruía aún á la intervención. Pero el Emperador repite sin cesar la palabra Nación: era, pues, á la Nación á la que debía consultarse y no sólo á unas cuantas notabilidades escogidas en la capital.

A mayor abundamiento, el pensamiento del Emperador era clarísimo: no quería que hubiese precipitación, ni que se «escamoteara» el voto á algunas individualidades, agrupadas con un título pomposo y reunidas precipitadamente en unos cuantos días. Se empeñaba en que un gobierno provisional empezase por devolver al pueblo mexicano la apariencia de su autonomía y de su libertad; luego, al amparo de este orden de cosas, se debería hacer que las intenciones imperiales penetraran en el país poco á poco, á fin de que

se supiera que esas intenciones consistían en el deseo de ver á la nación mexicana independiente bajo un gobierno que ella misma escogiera.

Pero las prolongadas contemporizaciones habían, sin duda, producido en nuestro ministro y en el general en jefe el deseo de acabar cuanto antes y de aparecer triunfadores sin aguardar más. Un segundo decreto, que el 18 de junio apareció en las paredes de México, nombraba los miembros de la junta superior de gobierno:

“Señores: PAVÓN Ignacio, ex-presidente de la Corte Suprema, bajo los gobiernos de Santa Anna y de Miramón; DIEZ DE BONILLA Manuel, ex-ministro de Santa Anna y de Miramón; ARRILAGA Basilio, jesuita; LARES Teodosio, ex-ministro de Miramón; MIRANDA Javier, clérigo, ex-ministro de Miramón; AGUILAR Y MAROCHO, ex-ministro de Santa Anna; ANDRADE José María; ARRIOLA José, clérigo; ARROYO José, secretario general de negocios extranjeros de Miramón; CASTILLO Y LANZAS, ministro de Miramón; CERVANTES Miguel, general; AMABLE José; ARANGO Y ESCANDON; BLANCO Santiago, general, ministro de la guerra de Santa Anna; CRISPINIANO DEL CASTILLO; MARIN Teófilo, ministro de Miramón; MIRANDA Manuel, negociante español; MONTOYA, general; MALDONADO Juan, ministro de Hacienda de Miramón; DOMÍNGUEZ Mariano, ex-director de aduanas; MANGINO Fernando, representante de México en Francia en tiempo de Santa Anna; MORÁN Antonio, ex-director en el ministerio de Justicia, en tiempo de Miramón; MORA Y VILLA-

MIL general; MONJARDÍN; MUÑOZ Agapito; ORTIGOSA José López; ROJAS Gerardo; SEPÚLVEDA Ignacio, ex-juez; SOLLANO José, clérigo; TEJADA Manuel; TOVAR Urbano, secretario de Hacienda en tiempo de Miramón; VERGARA Pablo; WOLL Adrián, francés á quien Santa Anna hizo general mexicano; VELÁZQUEZ DE LEÓN Joaquín, ingeniero de minas; JIMÉNEZ Miguel, médico.»

Todos pertenecían al partido que había combatido á Juárez; todos, menos uno, habitaban en México y no representaban en su consecuencia, sino la capital.

Reunidos por primera vez el 21 de Junio, constituyeron, en calidad de gobierno provisional, un triunvirato compuesto de: el señor general ALMONTE; Monseñor LABASTIDA, Arzobispo de México, y el señor general SALAS.

Los dos suplentes, designados de conformidad con el decreto, fueron: Monseñor ORMAECHEA, obispo de Tulancingo, y el señor PAVÓN.

Por su rango de elección, el general Almonte venía á ser el presidente del nuevo gobierno.

Desde hacia quince meses, ocupaba ya la escena política. Llegado á Veracruz después de las primeras tropas francesas, habíase, como se ha visto, proclamado jefe supremo de la nación. Despojado de estas funciones, nominales, por lo demás, por el general Forey, aguardaba que llegara su hora, contando con las simpatías que dejara en las Tullerías y con los acontecimientos que deberían, tarde ó temprano, darle papel preponderante en los asuntos de su país.

Juan Nepomuceno Almonte había nacido en 1809 y pasaba por ser hijo del cura Morelos, que fué uno de los promotores de la independencia mexicana. Este llevaba al niño consigo durante la insurrección y, cuando tenía que combatir, le enviaba, para su seguridad, «al monte». Parece que de allí le vino su apellido. Su padre le había dotado desde su infancia con el grado de coronel, cual si fuese heredero de regia raza.

Almonte aparece por la primera vez en la escena política durante la revolución de 1828, cuando Santa Anna y Guerrero se sublevaron contra Peraza, presidente electo. Proclamado presidente, Guerrero nombró al joven Almonte secretario de la embajada en Londres. Allí permaneció cuatro años.

Vuelto á México, hizo en 1836 la campaña de Tejas, en concepto de edecán del general Santa Anna.

En 1839, Bustamante le nombró ministro de la guerra.

Llegado Santa Anna á la presidencia, le envió á los Estados Unidos, en concepto de ministro de México. Paredes, que apenas ocupó el poder durante algunos meses, le envió con el mismo carácter á Paris; pero en lugar de marchar á su puesto, Almonte se detuvo en la Habana, para conspirar con Santa Anna contra Paredes. La revuelta de Guadalajara permitió á ambos volver á México y Santa Anna le hizo su ministro de la guerra. Sin embargo, cuando las hostilidades con los Estados Unidos, Almonte se ligó con Juárez y con

los diputados progresistas, que fueron los más vivos adversarios de Santa Anna.

Después de hecha la paz, presentó su candidatura á la presidencia. Derrotado por el general Arista (1850), se alejó de la política durante algunos años. Miramón que fuera nombrado presidente en 1859, le designó para ministro en Francia y en España. Fué entonces cuando firmó en París, con el señor Mon, embajador de España, el arreglo de todas las dificultades pendientes y cuando encontró en la corte de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia, la acogida benévola y simpática de donde saldrían los proyectos de intervención francesa y de restablecimiento de la monarquía.

De carácter dulce, de maneras afables y distinguidas, ambicioso, muy inteligente, sabio en el disimular con habilidad extrema, Almonte era experto en intrigas políticas: no se preciaba de fidelidad exagerada.

Tal era el hombre que tomaba sobre sí la responsabilidad del poder, como tomara la de llamar á los extranjeros á su patria.

Después de él, seguía el Arzobispo de México, Monseñor Labastida, de quien se disponía sin su consentimiento, puesto que vivía en Roma desde hacía tres años: era un joven sacerdote activo, insinuante, de voluntad tenaz, á quien su posición y sus ideas habían enroldado en el partido clerical intransigente.

En cuanto al general Salas, tercer miembro del triunvirato, era el decano de los generales mexi-

canos, y tenía setenta y dos años. Presidente interino de la República durante un mes, en 1846, no llevaba al gobierno más fuerza que la de su honorabilidad y no podía dar otra cosa sino su firma.

Monseñor Ormaechea reemplazó á Monseñor Labastida durante su ausencia.

El 29 de junio, la junta superior nombró á 215 notables, que se agregó en seguida para constituir la asamblea, á la que defirió el derecho de decidir acerca del gobierno que debería darse á México.

Naturalmente todos habían sido escogidos entre los partidarios de la intervención, en el partido reaccionario. Esta sombra de congreso, que en realidad no representaba sino al general Almonte y á M. Dubois de Saligny, se reunió en el palacio nacional el 8 de julio y, después de haber nombrado presidente á don Teodosio Lares, se constituyó en comisión secreta, para deliberar. La lista nominal hizo constar la presencia de 231 miembros.

El 10 de julio, al medio día, se abrió la segunda sesión pública. El señor Aguilar dió lectura á un informe que, después de establecer que el sistema republicano era la causa de los males de que sufría México, presentaba á la monarquía como único remedio posible, así como único medio de refrenar á los demagogos. Terminaba con las siguientes proposiciones:

"1.º La Nación Mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico:

"2.º El soberano tomará el título de emperador de México:

"3.º La corona imperial de México se ofrece á S. A. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.

"4.º En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, la Nación Mexicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III, Emperador de los franceses, para que le indique otro Príncipe católico."

Puestos á votación, estos artículos fueron aprobados sucesivamente, el primero, por 229 votos contra 2, el segundo y el tercero, por unanimidad, y el cuarto, por 222 votos contra 9.

Precisa confesar que este último artículo excedía en torpeza á todo lo que se había hecho hasta entonces. ¿Cómo no se comprendió cuanto había de vengonzoso, para una nación á la que se llamaba independiente, en deferir á la voluntad de un soberano extranjero y, por otra parte, cómo no se comprendió lo desagradable que habría de ser particularmente para Napoleón III el que le diesen, respecto de México, la apariencia de un amo que desea ejercer la tutela, cuando él la rechazaba con todas sus fuerzas?

Después de este acto de servilismo, la asamblea llevó á cabo uno de cortesía: votó agradecimien-

tos al Emperador de los franceses, por la protección que él acordase á la nación mexicana. Debió conformarse con esto.

Apenas había terminado la sesión, cuando la noticia de las resoluciones acordadas se extendió por la ciudad. En seguida las calles de México rebosaban de ruido y de tumulto. La población, á la que cualquier cambio alegraba, que carecía de razones para echar de menos el pasado y que aun no tenía nada que temer del presente, se entrega á sonoras demostraciones, que pueden ser interpretadas como espontánea adhesión. El gobierno provisional aprovecha esta oportunidad y hace publicar inmediatamente la proclamación del imperio.

Al día siguiente, entra en funciones y es su primer cuidado el de hacer cantar un *te deum* en la Catedral. Por allí comienzan, á lo que parece, todos los gobiernos.

El general Forey creía haber cumplido su misión maravillosamente y M. Dubois de Saligny se lisonjaba de haber llegado por fin al término, haciendo proclamar el imperio de Maximiliano, conforme á las órdenes de Napoleón III; pero ahora eran ellos el juguete de una ilusión. El despertar no habría de hacerse esperar mucho.

Los informes detallados acerca de la toma de Puebla habían llegado á Francia en los últimos días de junio, al mismo tiempo que el telégrafo de Nueva York transmitía la noticia de la entrada en México de nuestras tropas. Exitos tardíos, comprados muy penosa y muy caramente y que no

podían hacer olvidar los fracasos sufridos y las inquietudes experimentadas.

No hay duda de que el Emperador, á quien la oposición acosaba incesantemente, y que debía luchar contra las impresiones desfavorables de todo el país, cuyo ánimo era contrario á la guerra, se sintió feliz al saber aquellos resultados que, por algún tiempo, calmarían los rumores hostiles. Pero no era eso lo que él soñara: no era eso lo que le habían prometido. De esa suerte, después de haber sacrificado en aras de M. Dubois de Saligny, primero al almirante Jurien de la Graviere y luego al general Lorencez, reconoció por fin el error en que le habían hecho incurrir.

No había querido entregarse pronto; y, lleno de confianza ciega en M. Dubois de Saligny, se empeñaba en buscar mil explicaciones especiosas, para desnaturalizar los hechos que venían á combatir esa confianza. Con todo, no le era dable desconocer la sinceridad del almirante Jurien de la Graviere, y ya le hacía justicia, nombrándole su ayuda de campo y manteniéndole al frente de la marina francesa. Luego, más tarde, cuando supo, no el fracaso del 5 de mayo, que atribuyó siempre á la torpeza de Lorencez; sino las dificultades de toda especie con que nuestras armas tropezaran, comenzó á debilitarse su fé en M. Dubois de Saligny. Cuando vió, finalmente, que, á pesar de los 36,000 hombres enviados á México, las poblaciones, en lugar de levantarse y de aclamarnos, se disponían á hacernos formal resistencia; que el segundo sitio de Puebla se dilataba

mortífero, y que era preciso un año á un verdadero ejército francés, no para someter el país, sino para apoderarse de dos grandes ciudades, comprendió cómo le habían engañado aquellos en quienes pusiera su confianza. Esta vez, la prueba existía: Napoleón III ordenó el retiro de M. Dubois de Saligny.

Castigaba al hombre esta caída del favor imperial; pero nada componía desgraciadamente. En cuanto al general Forey, había satisfecho sólo á medias á Napoleón III. Todo se le había acordado: hombres, materiales, dinero... y había perdido largo tiempo en la inacción; luego, frente á Puebla, mostró poco golpe de vista militar y poca decisión. Sin el general Bazaine, hubiérase acaso eternizado el sitio, en esa guerra de manzanas que tantas pérdidas causaba y tan escasos resultados producía. También se le retiró; pero su bravura, su patriotismo y sus servicios, le sirvieron de protección contra una abierta desgracia: el Emperador le elevó á la dignidad de mariscal y encontró en esta alta recompensa, honorable pretexto para retirarle el mando.

“Con felicidad me he enterado—escribíale el 16 de julio de 1863—de la entrada de mis tropas en México; y ahora pienso que la resistencia no será seria. Cuando le llegue esta carta, hará tres meses que México se encuentra en nuestro poder y, por consiguiente, considero como terminada la expedición militar.”

“En tal circunstancia, considero inútil que Ud. prolongue su permanencia en México.”

“Un mariscal de Francia es mucho personaje, para intrigas y detalles de administración.

“Le autorizo, pues, para que, tan pronto como lo estime conveniente, delegue Ud. sus poderes en el general Bazaine y vuelva á Francia á disfrutar de su éxito y de la gloria que ha conquistado.

“Pienso que Saligny habrá partido ya; si no lo hubiere hecho, tráigale Ud. consigo. Enviaré de aquí un ministro plenipotenciario....”

No hay que tomar esta carta en su sentido literal, ni creer que el Emperador conservaba ilusiones acerca de su conquista. No: le corría prisa por ver al mariscal Forey—cuya debilidad política temía—de regreso en Francia; y á fin de no darle motivo para que se quedara, tomaba empeño en repetirle que la expedición militar había llegado á su término.

Sabía muy bien que la entrada de nuestras tropas en México, no nos daría todo el país; así lo preveía en una carta fechada el 14 de abril de 1863, en la que se encuentra este pasaje: “Tan pronto como vd. esté en México, mantenga columnas móviles de mil quinientos á dos mil hombres, de las cuales la mitad podría componerse de mexicanos, á fin de ocupar Morelia, Guadalajara y San Luis. Sería preciso ocupar los puertos de la costa, como Tampico, y sobre todo Matamoros, que puede ponernos en relación con la América del Sur....”

No ordenó el retiro ni de un batallón....

Contaba con la energía y la habilidad del nuevo comandante en jefe general Bazaine, y tenía

prisa de verle tomar la dirección militar y política.

Cuando supo la manera singular como se había reunido el congreso, cuando conoció el voto de este congreso y se enteró del personal del gobierno interino, aumentaron sus aprensiones. Sin temeridad, puede pensarse que en ese momento, hubiera deseado vivamente tener frente á sí un gobierno cualquiera, distinto del de Juárez—con el que no se había querido tratar antes de la guerra y al que no se podía reconocer después de la victoria—para poner término á una empresa que, ni ofreciera las facilidades prometidas, ni produjera las ventajas esperadas.

Desgraciadamente, las cosas ya no estaban en su punto y era preciso seguir adelante, en la senda en que el voto del congreso nos hiciera entrar. De todos modos, el Emperador no lo consideró como voto definitivo. A lo sumo, consintió en contemplarle como una mera indicación. Véase lo que decía en su carta del 12 de septiembre: “El apresurado nombramiento (del archiduque Maximiliano) ha tenido la gran desventaja de que en Europa no se le juzgue como la legítima expresión de los votos del país.”

Ya el 30 de julio, desde Vichy, había expuesto con la mayor franqueza su pensamiento al nuevo comandante en jefe.

Esta carta es la primera de la serie de correspondencias confidenciales que el Emperador dirigió al general Bazaine. Como todas las que aquí reproducimos, está inédita: la copiamos del ori-

ginal mismo. Estos documentos son de capital importancia, porque no tienen los inconvenientes de las notas oficiales, en que la verdad aparece siempre más ó menos disfrazada. Tienen, además, la ventaja de que su autenticidad no podría ponerse en duda. Por ellos, disfrutamos de la notable ventaja de poder ofrecer al lector la expresión del *verdadero* pensamiento del Emperador, así como, gracias al mismo procedimiento, podremos ofrecer la del ministro de la guerra y de los diversos personajes mezclados en la cuestión de México.

He aquí esta primera carta:

“Vichy, 30 de julio de 1863.

“Mi querido general:

“He dado, por el último correo, al general Forey, orden de regresar á Francia, pensando que el que dirigiera hasta aquí las operaciones militares, no debía presidir la reorganización del país.

“He investido á vd. de la doble autoridad militar y diplomática, porque estoy persuadido de que vd. tiene todo lo necesario para sacar adelante una empresa cuyo éxito se le debe en gran parte.

“A lo que pienso, el mariscal Forey ya le habrá comunicado mis instrucciones: consisten en atraer á los hombres honorables de todos los partidos, *en establecer un gobierno provisional que consulte á la nación acerca de la forma de su gobierno definitivo, en proleger el establecimiento de una*

*monarquía, siempre que esto se halle de acuerdo con el voto de la mayoría.*

“Organizar el país, tanto militarmente, como desde el punto de vista financiero y administrativo. No hacer reacción. No remover la venta de los bienes del clero. En fin, tratar de pacificar al país, empleando para ello, principalmente, tropas mexicanas. He deplorado los decretos de Forey relativos á la confiscación de los bienes de los individuos hostiles, y *temo que el triunvirato establecido en México no sea demasiado reaccionario.*

“Desde esta distancia, se me dificulta mucho dar instrucciones precisas porque sólo en el terreno se puede juzgar del estado de las cosas. Me limito, pues, á decirle que le dejo en libertad para proceder como, á su juicio, sea mejor para establecer en México un gobierno estable que genere ese hermoso país.

“Reciba, mi querido general, las seguridades de mi amistad.

NAPOLÉON.”

A pesar de las órdenes del Emperador, el general Bazaine no debía tomar en seguida la dirección de los negocios. El mariscal Forey, que no comprendía los motivos de su retiro, y M. Dubois de Saligny, que no se explicaba las razones de la medida tomada contra él, no estaban dispuestos á partir y, bajo diversos pretextos, retardaron todavía su viaje muchos meses.

Entre tanto, una diputación nombrada por el Congreso se dirigía á Europa, ante el archidu-



que Maximiliano, para participarle el «voto de la nación», en tanto que el gobierno provisional, de acuerdo con los franceses, se esforzaba en preparar la restauración monárquica. Se había intitulado *Regencia del Imperio* y pretendía gobernar en nombre de *Maximiliano I, Emperador de México*.

## SEGUNDA PARTE

### LA REGENCIA

#### CAPITULO I

**Delegación enviada á Miramar.**—El señor Gutiérrez de Estrada.—El archiduque Fernando Maximiliano.—Su nacimiento en el castillo de Schenbrunn (6 de julio de 1832).—Su infancia.—Su vocación por la marina.—Teniente de navío.—Sus viajes.—Almirante y comandante en jefe de la marina militar.—Trieste.—Pola.—Proyecto de reorganización de los servicios y almirantes marítimos.—Viaje á Jerusalén.—En Egipto.—Nápoles y Tolón.—París.—Bruselas.—El rey Leopoldo.—La princesa Carlota.—Anuncio oficial de su matrimonio con el archiduque Maximiliano (8 de noviembre de 1856).—El reino Lombardo-Veneciano.—Maximiliano es nombrado gobernador.—Matrimonio del archiduque con la princesa Carlota (27 de julio de 1857).—Atentado de Orsini.—M. de Cavour.—Entrevista de Plombières.—Incidente del 1º de enero de 1859.—El archiduque es relevado de sus funciones.—Declaración de guerra.—Maximiliano, gran almirante y jefe supremo de la marina imperial.—Magenta.—Solferino.—Paz de Villafranca.—Desgracia de Maximiliano.—Excursiones marítimas.—“La Fantasía.”—Viaje al Brasil.—Madera.—Miramar.—Trabajos y escritos acerca de la marina.—La corona de México.

- No bastaba con proclamar el imperio: faltaba aún asegurar el consentimiento del Emperador.
- Una delegación escogida entre los miembros de la asamblea de notables, fué comisionada para